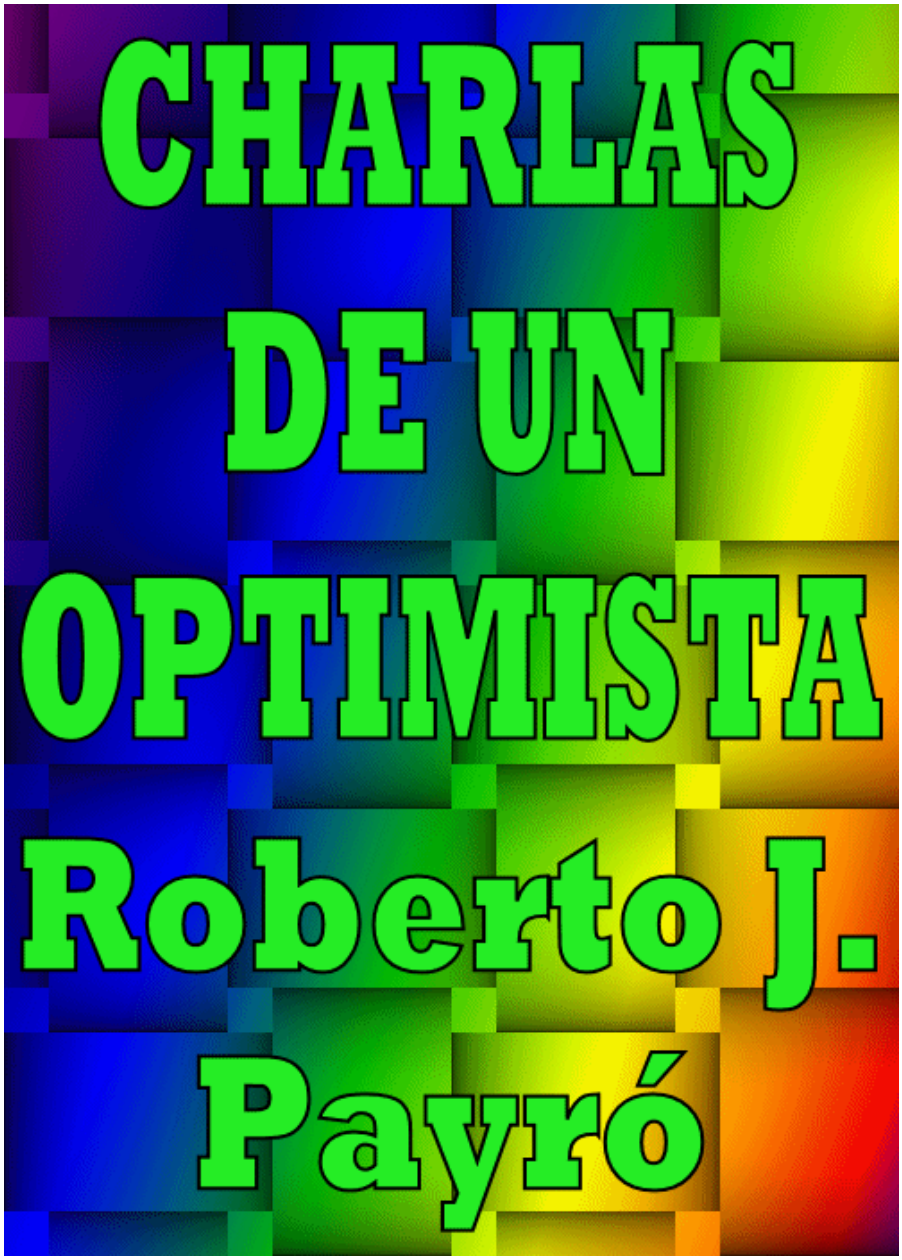
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PROBIDAD

No, la historia de aquella célebre Lotería de provincia será para otra ocasión - dijo el doctor Jiménez Albornoz, encendiendo con calma su cigarro.- Merece capítulo aparte, y hoy tengo deseos de contar un hecho real, demostrativo de que la corrupción cunde más cuanto de más alto viene, porque, propagado el contagio por los que mandan, hasta para los mejores resulta difícil, si no imposible, escapar a él. El pueblo viene a ser, entonces, como la familia de aquella del refrán que había hecho su igual, no sólo a la hija sino hasta la misma manta que las cobijaba.

-¡Siempre pesimista doctor! -exclamamos.

-Eso dicen de mí - replicó Jiménez, -pero no es pesimista por criticar lo malo y sacarlo la vergüenza. Se es, por el contrario, optimista cuando se cree -como creo yo -en la posibilidad del remedio: el médico no desahucia por el simple hecho de diagnosticar, aunque sea una enfermedad muy grave. . . Pero vamos al grano.

Y comenzó a la manera antigua.

Pues, señor, érase que se era cierta república vecina, teatro de continuas convulsiones, más frecuentes y formidables que las mismas sufridas por nosotros - aunque nos parezca no tener nada que envidiar a nadie a ese respecto. - Justo es decir que, después de muchas calamidades, ese país, rico y hermoso, ha entrado hoy resueltamente y con felicidad en el camino del progreso moral y material como dicen los diarios, - y que, en cuanto a legislación y administración va poniéndose - si no está ya - a la cabeza de las naciones latinoamericanas.

Bueno, pues. Tras de una larga serie de presidentes sin energía o sin partido y tiranuelos sanguinarios o sin escrúpulos, reinaba - que no gobernaba - a la sazón el peor de todos, un dictador cruel, arbitrario y desvergonzado, hombre en que no se sabía que admirar más, si lo bárbaro o lo deshonesto. Su reinado fue una orgía...

El dictador, con todo, no dejaba de tener cierta generosidad a su manera, puede que natural o propia - lo que no sería extraño, dada la idiosincrasia Sudamericana - puede que inspirada solamente por la necesidad de conquistar prosélitos, pues los mismos tiranos tienen que buscar apoyo y rodearse de amigos... necesariamente comprados.

El caso es que una tarde, mientras paseaba seguido por sus edecanes y custodiado por su policía secreta -más visible cuanto más secreta - nuestro dictador se encontró en la calle con un viejo condiscípulo a quien había perdido de vista desde las aulas, y que aquel día, bajando la cabeza, trató de pasar de largo junto a él.

Reconocido a la primera mirada aunque estuviese harto envejecido y demacrado y vistiese un traje por demás raído, y sospechando que fingía no verle para no saludarle, como demostración de menosprecio, lo interpeló a fin de saber a qué atenerse.

-¡Hola, Carlos!

-Buenas tardes, excelencia, - contestó el interpelado, deteniéndose en seco.

-¡Qué excelencia, ni qué excelencia! ¿Ya no somos amigo? - dijo el dictador con su tonito de oficial compadre.

-Buenas tardes, Máximo, si lo prefieres.

-¿Qué es de esa vida? ¿Dónde andás metido? ¿Por qué no vas nunca a verme?

-¡Qué quieres, Máximo! ¡Cómo para visitas! ... Llevo una vida de perros, estoy en la miseria, y no he ido a verte porque en la grandeza se olvida a los amigos pobres y a veces se les ofende con una limosna que no piden.

-Pues yo no te he olvidado - exclamó, efusivo, el dictador.

-¡Cómo no acordarme del más brillante de mis condiscípulos, del compañero de correrías en la niñez! No caviles más y acompáñame a la casa de Gobierno porque ya iba de vuelta. Quiero que me pongas al corriente de tu vida. Has de tener mucho que contar... Y no perderás el tiempo, no, porque estoy dispuesto a ayudarte.

-Nada pido, Máximo - replicó Carlos X., con altivez, pero sin enojo.

-¡Qué hombre éste! No he querido ofenderte. Dije mal. Es posible que te necesite, ¿estás contento así?

-Te lo agradezco, Máximo.

Y echaron a andar juntos.

Carlos X tenía talento, pero mala suerte, y en aquella época, con el país trastornado, la fortuna particular solía sufrir formidables fluctuaciones. Y producida la ruina, con o sin culpa del paciente, ni la iniciativa, ni la inteligencia, ni el trabajo servían por el momento para sacarlo a flote.

-Los tiempos malos y los negocios peores - contó Carlos cuando estuvieron sentados tomando el mate que les servía un negrito ordenanza - me han conducido, en efecto, a una situación realmente desesperada. En pocos años y aunque nunca haya cesado de trabajar sin descanso, se me fue por un camino cuanto me dejó mi padre - que no era mucho - y cuanto había conseguido ganar anteriormente por mis cabales, que no era poco... Una empresa constructora de barrios nuevos me llevó media res, una sociedad industrial casi toda la otra y el resto nos lo hemos ido comiendo para vivir... A tal extremo que hoy en día ni mi pobre mujer, ni mis cuatro hijitos tienen ya una pilcha que ponerse -no digo empeñar - y en casa suele faltarnos el imprescindible zoquete de "tumba" nacional.... Lo último que nos queda por perder es el buen humor y la energía... Ahora me veo de puro levitón corrido - o más bien "trama" de levitón -y puede que mañana o pasado me encuentres descalzo y de frac - porque ya no me queda bueno más que el frac de mi casamiento, despreciado hasta por los mozos de café que se surten en las ropavejerías...

Hablaba como en broma, con esa delicadeza que suelen ostentar en la desgracia los hombres de estas tierras, para quienes los reveses de fortuna son fenómenos naturales nunca sin remedio.

El dictador permanecía silencioso, reflexivo, hasta que, de pronto:

-Eras muy fuerte en cálculo, - dijo.

-Así, así.

-Has de ser un buen administrador

-De lo que no es mío, sí, porque no me aventuro; de lo que es mío... basta con mirarme. -¡Perfectamente!- exclamó su excelencia.

-Ya encontré. Escribió unos renglones, tocó el timbre y ordenó al empleado que acudía:

-Esto al Ministro de Hacienda. Que es urgente. Dígale que el presidente está esperando.

El empleado salió corriendo a tiempo que Carlos se levantaba, muy grave, muy digno, sin la sonrisa irónica que antes le iluminaba el rostro.

-¡Muchas gracias, Máximo! - exclamó; - muchas gracias, pero ya te he dicho que no pido ni recibo limosna. ¡Ni de mi mejor amigo! Gracias a Dios todavía puedo trabajar y ya encontraré trabajo.

Había tomado el sombrero para retirarse y tendía la mano al dictador.

-¡Quién habla de limosna! - replicó éste.

-Porque mandaba ese papel al Ministro de Hacienda, has supuesto... Pues no se trata de semejante cosa... ¡Vaya! Deja el sombrero, siéntate y sigamos conversando como buenos amigos.

-Yo había creído...

-Habías creído mal.

El negrito, como un azacán, seguía acarreando mate.

-¿Qué te parece esta yerba que me traen especialmente del Paraguay?

Y la charla tomó el rumbo de las generalidades familiares y se engolfó en los recuerdos comunes hasta que -sin mucha tardanza llegó el empleado con un documento extendido en papel de oficio.

-Sírvase su Excelencia.

El dictador recorrió rápidamente el escrito, que ya llevaba una firma, lo firmó a su vez mientras el escribiente se retiraba. Y encarándose con Carlos:

-¿Quieres trabajar? - preguntó.

- ¿Quieres ayudarme a servir al país?

-¡Qué duda cabe!

-Pues toma.

Y pasó el papel a Carlos que leyó con verdadera estupefacción, volvió a leer como temiendo haberse equivocado y por último se precipitó hacia el gobernante, tropezando en los muebles, enredándose en la alfombra, tendiéndole los brazos y exclamando:

-¡Pero éste es un cuento de las Mil y Una Noches! ¡No es posible! ¡Nada menos que Administrador General de Aduanas! ¡Oh, Máximo, Máximo! ¡Me devuelves la vida! ¡Eres mi segundo padre!

El dictador le estrechó la mano con cierta emoción, satisfecho de aquel entusiasmo, sonriendo ante la felicidad de su condiscípulo y pensando quizás en que el obrar bien suele traer consigo sus satisfacciones. Pero si lo pensó no tardó en olvidarlo.

-De algo han de servir los amigos - dijo. -Ahora anda... y que aproveche.

Carlos X. corrió a dar la buena nueva a su familia, que vio naturalmente, el cielo abierto; y no durmió aquella noche, combinando planes de administración ejemplar.

Impaciente, como parejero que ve a sus competidores en la cancha, a primera hora acudió a las oficinas para tomar posesión de su puesto y comenzar sin tardanza sus tareas regeneradoras.

-Hay que hacer una barrida general para que el pobre Máximo no siga siendo el blanco de las calumnias de la oposición. Se necesita un buen escobazo, y yo lo daré sin pararme en las barras.

Porque para él era la evidencia misma que si el Presidente le nombraba Administrador General de Aduanas, conociendo su acrisolada integridad, era porque deseaba sanear esa repartición, una de las más corrompidas sino la más corrompida de toda la máquina gubernamental. No se nombra a un ciudadano cuya honradez se mantuvo intachable en medio de la mayor miseria, precisamente cuando todo el mundo se infectaba en indelicadeza y latrocinio, para que siga cometiendo los delitos de que se hicieron reos los demás, sino para que cure, para que cauterice la llaga.

Y nuestro hombre trabajó con alma y conciencia haciendo prodigios de iniciativa y de energía, pero sin lograr en la administración el cambio radical que soñaba. Sus quejas, sus pedidos de destitución de empleados inútiles o depravados, se empantanaban en el Ministerio de Hacienda y ya no salían ni para atrás ni para adelante. El contrabando seguía imperante, sobre todo en los puertos y fronteras difíciles de inspeccionar a causa de la

distancia, pero como había disminuido algo, especialmente en la capital, donde él tenía su asiento, la renta pública aumento en cantidades apreciables.

-¡Qué sería si el Ministro de Hacienda no me pusiese trabas! ¡Lástima que Máximo no lo sepa! ¡Porque no debe de saberlo!. Pero yo se lo diré, ¡vaya si se lo diré!

Estrellándose sus excelentes intenciones en la inercia o la mala fe del Ministro, la obra de Carlos resultaba deslucida, apenas diferente de la de sus antecesores, motejados con razón de corrompidos y venales, cuando no simplemente de émulos de Caco. Y el infeliz sufría con los injustos y violentos ataques de la oposición que lo denigraba, sobre todo en la prensa extranjera, porque la del país estaba preventivamente amordazada, y bien amordazada, ¡vive Dios!

-Así acusan también al pobre Máximo - pensaba -. Pero eso no me consuela, porque se me está haciendo una iniquidad!

Lo peor es que los amigotes del gobierno comenzaron también a minarle los cimientos porque trabajaba contra sus intereses. Resultaba demasiado incómodo, no sólo para los contrabandistas "derecho viejo", sino también para los comerciantes - y séquito - que, valiéndose de aquéllos, acrecentaban sus beneficios por un lado y hacían por otro desleal y ruinosa competencia a sus colegas, que o más honrados o menos listos, se atenían hasta cierto punto a la observancia de las leyes aduaneras, y en menor escala a las cifras de las tarifas de avalúos; porque esas cosas no se respetan completamente sino a la fuerza. Pero contra este mar de fondo, y contra algunas oleadas visibles ya, porque sus crestas solían aparecer en forma de noticias insidiosas en los periódicos paniaguados. Carlos creía contar con un arma infalible.

-Máximo me sostendrá hasta el fin de mi campaña - se decía.

Pero cierta mañana vio, con asombro bien comprensible, un suelto del diario oficioso anunciando su inminente renuncia e indicando ya el nombre del presunto sucesor.

Azorado, pero convencido de que se trataba de un error, acudió a la casa de Gobierno y pidió una audiencia que le fue inmediatamente concedida.

-¿Qué te trae por aquí? - preguntó el dictador.

-¿Has visto esta noticia? - dijo Carlos, contestando con otra pregunta y presentándole el periódico.

-Sí. Yo mismo lo he mandado publicar.

-¡No puede ser! ¿O es que me destituyes, que me quitas de buenas a primeras el pan de mis pobres hijos?

-¡Cómo de buenas a primeras! ¿Cómo que te quito el pan? ¡No me vengas con historias! ¿Cuánto tiempo hace que te nombré Administrador General de Aduanas?

-Va para un año.

-¡Y no te basta con eso! ¿Cuánto has ahorrado?

-Ni un vintén.

-¡No es posible!

-El sueldo no es grande, y los gastos son muchos. ¡Saldré del empleo como entré en él, con una mano atrás y otra adelante!

-¡Se necesita ser tonto! Vaya no te aflijas... No hay nada de lo dicho. Pero, y entiéndelo muy bien, dentro de seis meses me presentarás la renuncia. Tengo otros amigos que ayudar... ¡Y otra vez no seas guiso!...

LA PRIMERA PIEDRA

Hoy por hoy, la humanidad es afortunadamente más bien cínica que hipócrita; y digo afortunadamente porque considero al cinismo mucho menos pernicioso que la hipocresía.

-Es discutible - murmuró el doctor Jiménez Albornoz, con el ligero acento irónico que suele anunciar sus paradojas.

-¿Qué sea más perniciosa la hipocresía? - preguntamos.

-Eso. Y también que la humanidad se muestra hoy menos hipócrita que antes, en estos tiempos que están reclamando otro "hombre de la escopeta".

Y continuó:

-Dejemos desdeñosamente a un lado el dicho famoso de que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud, y no pensemos, tampoco, que el hipócrita no nos da el mal ejemplo mientras no se descubre su pecado. Sin llegar a los extremos de la época de Diógenes - sencillamente porque se lo impediría el vigilante de la esquina el cínico de1 hoy da, al contrario, a cada instante, ese mal ejemplo, y propende a difundir por contagio el vicio y el delito.

Pero, insisto en ello, es muy discutible que la humanidad sea en los tiempos que corren menos hipócrita que en la antigüedad, y voy a demostrarles con un gran ejemplo que se puede sostener todo lo contrario, vale decir, que hoy somos mucho más hipócritas que ayer.

(Se acercó a la biblioteca - estábamos en su casa - y tomó una Biblia que visiblemente había manejado mucho).

-El judío - prosiguió - pasa por ser uno de los pueblos más hipócritas de la antigua era. Algunos creen que es a causa de la estrictez de las tablas mosaicas, porque, como dicen los italianos: "fatta la legge fatto L'inganno... "Pero no viene al caso saber las razones de que lo fuera, si lo era, ni aún demostrar si lo era o no.

(Abrió el sagrado libro en la parte correspondiente al Nuevo Testamento, y continuó):

-Lo indiscutible es que Jesús ponía de hipócrita a sus compatriotas de Israel, que no había por dónde cogerlos. "Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois como sepulcros blanqueados por fuera hermosos, por dentro llenos de osamenta y podredumbre", o bien: "Guardáos de la levadura de los fariseos, que es hipocresía". Podríamos hartarnos de versículos conminatorios de este orden que abundan en los Cuatro Evangelios...

Y este testimonio de los Evangelios está en mucha parte corroborado por la misma historia: lo escribas y los peruschin (separados) o fariseos, estrictos observantes de la ley formal, aunque la infringieran a menudo en su espíritu, eran los miembros más influyentes y poderosos del pueblo judío provocaron la muerte de Jesús, y siguieron en auge después del sacrificio ... Si por la cabeza ha de juzgarse el resto, puede decirse, pues, que el mismo pueblo judío era hipócrita, siéndolo en su mayoría o si se prefiere su parte más poderosa e influyente

Ahora, ¡atención! Necesito leer unos pocos versículos del capítulo octavo del Evangelio según San Juan, historia harto conocida, pero que entraña una nueva moraleja de aplicación actual. Es lectura corta, fácil, llena de sabor, y la haré de un aliento, para no descansar.

"Y Jesús se fue al Monte de las Olivas. Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y, sentado, él los enseñaba. Entonces los fariseos y los escribas le traen una mujer tomada en adulterio; y poniéndole en medio círculo:

-¡Maestro! Esta mujer ha sido tomada en el lecho, adulterando; y, en la ley, Moisés nos mandó apedrear a las tales. Tú, pues, ¿qué dices?

"Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo. Y como perseverasen preguntándole, se enderezó y les dijo:

-El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra, el primero.

"Y volviéndose a inclinar hacia abajo escribía en la tierra.

"Oyendo, pues, ellos, discutidos por la conciencia, salíanse uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros, y quedó sólo Jesús y la mujer que estaba en medio. Y enderezándose Jesús y no viendo a nadie más que a la mujer díjole:

-Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

-Ninguno, señor - dijo ella.

"Y entonces Jesús le dijo:

-Ni yo te condeno. Vete y no peques más".

-¿Han observado ustedes? - preguntó con aire triunfante el doctor Jiménez de Albornoz. - Esos hipócritas no eran tales hipócritas, porque "oyendo a su conciencia se marcharon uno a uno, desde los más viejos hasta los más jóvenes", y Jesús quedó sólo con la mujer.

-¿Y...?

-¿Pero no ven ustedes, benditos de Dios, que hoy, que pretendemos ser menos hipócritas, todos hubiéramos tirado nuestra piedrecita para no confesarnos pecadores?...

MUSICA CELESTE

Una grave razón de higiene pública hizo que nuestras autoridades sanitarias -si no fue alguna institución menos oficial - dieran al pueblo, por medio de cartelitos fijados en los tranvías, etcétera, una lección de urbanidad y buenas maneras, tratando severamente de mal educados a los expectoradores. El improperio logró siquiera en parte, lo que no había conseguido la cristiana y democrática súplica de que se pensara en la salud del prójimo. ¡Oh altruismo! ¡Oh fraternidad humana!...

-¿Lirismo tenemos, doctor?

-Llego del campo, me he retemplado en la cuasi soledad, en el contacto íntimo con la naturaleza, y, apenas de vuelta, tropiezo a cada rato con las tristes realidades de la vida social que, tiene cien inconvenientes. Todo el mundo, preciándose, sin embargo, de civilizado, ig-nora o hace como que ignora tanto el axioma de que el derecho de uno acaba donde empieza el derecho del otro, como que el onceno mandamiento de la ley de Dios es el de no molestar al prójimo. Empujado, estrujado, codeado, aturdido al cruzar las calles de Buenos Aires, al entrar en una sala de espectáculo, al acercarme a una ventanilla para tomar un billete cualquiera, al detenerme en una esquina esperando un ómnibus, me digo y me repito que el cartel de marras tendría que multiplicarse, ampliarse, completarse... hasta convertirlo en todo un manual de buenas maneras. Nadie lo leería, es claro; nadie lo aplicaría si lo leyera, es más claro aún; porque debe suponerse que muchos de nuestros convecinos, naturales y extranjeros, habrán sido educados en sus hogares o por lo menos en las escuelas... En cambio tendríamos el consuelo de la invectiva...

- Empujado, estrujado, codeado, pisoteado, aturdido he dicho... ¡Aturdido!... ¡El tormento del oído, el órgano más inmediato al cere-bro y que más intensamente influye en él!... Un relámpago deslumbra, pero no trastorna como la detonación que rompe el tímpano y conmueve la masa encefálica...

Mirbeau hablaba en su jardín, del suplicio espeluznante de la campana...

El doctor Jiménez de Albornoz se interrumpió, y después de asumir una actitud paradójicamente tribunicia:

-Nada - dijo - ni el mismo gorjeo de los pájaros es más grato que la cristalina voz de la mujer: violín, flauta, violoncelo, conmovidos y conmovedores. Gutierre de Cetina... pediría hasta cuando airada, el hechizo de oírla; Rubén Darío, el panida, la prefería al coro angélico; Lugones daría por ella toda la música instrumental; Pedro Miguel Obligado la oye con arrobo hasta en el murmurio de la lluvia... ¡Oh, voces de mujer! -diría la gran Matilde Serao: -voz de la niñita que juega cantando y canta jugando; voz de la doncella núbil que ensaya a solas el futuro dúo; voz de la novia que con palabras triviales, ¡qué importa! dice su amor elocuente; voz de la esposa que acoge, que reconviene, que perdona; voz de la madre que arrulla; voz de la abuela que vuelve al balbuceo infantil para ponerse al unísono con sus nietezuelos; voces que vibran todavía o que, calladas para siempre, siguen resonando en la memoria y en el corazón; voz de mujer, música incomparable, instrumento divino...

Suele desafinar...

Después de este inesperado cambio de tono, el doctor continuó pedestremente:

-Donde mejor se nota esta desafinación es en esa especie de club libre y obligatorio - como la enseñanza - abierto cien veces al día en los vagones de los trenes locales que unen

a la gran ciudad con los dormitorios de las afueras, al Norte, al Oeste, al Sur. Siguiendo ¡ay! el abominable ejemplo de los hombres, muchas señoras, muchísimas niñas, - acabo de experimentarlo una vez más - usan y abusan de la sonoridad de su divino instrumento bucal, haciéndolo vibrar fortísimo en el más alto y por lo mismo más penetrante y lancinante diapasón. Salvo excepciones, los hombres, - y algunos avestruces filarmónicos silban tangos, ¡Dios de Dios! - los hombres, digo, hablan, por falta de mesura, a veces por darse importancia, a voz en cuello; pienso que las señoras desean, por su parte, hacerse oír, y fuerzan artificialmente la nota, en un principio, hasta que viene la costumbre; ellos, sin darse cuenta del torneo, tienden enseguida a superarlas, y entre uno y el otro bando, como entre canarios en jaulas separadas, se establece la competencia que arriba a un vocerío y una algarabía infernales...

Pero ayer, en el vagón de primera que me traía a Buenos Aires, asistí a una lección teórico-práctica que presentaba la particularidad, algo común pero no menos cómica por eso, de que el ejemplo anduviera a mojicones con la teoría. Una dama criolla muy elegantemente puesta - quizá por eso la llamo dama - que sin pararse en barras había informado a todos los pasajeros - hablando, naturalmente, con una amiga - de los alifafes, andanzas, tropiezos, y calaveradas de sus parientes y relaciones, jóvenes y viejos, sin escatimarlos, amén de otras pequeñeces, una operación quirúrgica bastante escabrosa, y una infidelidad conyugal subidita de matices, advirtió de pronto que su hija, rutilante belleza de quince anos alzaba la voz, a su turno, proclamando la hermosura y el valor comercial de ciertas pieles que poseía, no sé si de loutre o de zibeline, con sobreagudos que evocaban ora a la Barrientos, ora a Polichinela.

-No chilles, niña - le observó severamente la dama, - ¡Es de muy mal tono!...

Librodot

SERMON PERDIDO

El espíritu humano tiene reacciones tan extrañas que la lección que se le presenta con la más alta finalidad moral, suele dar, a menudo, resultados contraproducentes.

-¿Otra paradojita, doctor?

-Cuando hago una afirmación y aunque me pueda equivocar, siempre trato de tener una prueba a mi alcance - replicó Albornoz, con cierta disciplencia. -Pero como esta vez podría lastimar el amor propio o desbaratar las ilusiones de uno de los presentes, mejor será que me abstenga.

-¡No, no!

-¡La prueba, doctor, la prueba!

-La herida, o la lastimadura no ha de ser mortal...

-¡Vaya usted a saber si es mortal o no una herida en el amor propio, o un desencanto, sea simplemente literario! Nadie más susceptible, ni más ingenuamente soñador, después de la mujer, que los escritores, jóvenes o viejos, principiantes o veteranos...

-¡La prueba, la prueba! ...

-No cabe la menor duda de que el propósito del autor de "Las Divertidas Aventuras del Nieto de Juan Moreira", fue hacemos odioso el tipo del arrivista político, que abunda en el país con caracteres propios, pero que es, desgraciadamente, universal. Y debo confesar en su elogio que lo ha conseguido. . . que lo ha conseguido, pero entre los convencidos de antemano, entre los que ya lo odiaban o menospreciaban; porque los otros. . . Mauricio Gómez Herrera indigna, en efecto, a los que aman la probidad moral e intelectual pese a los rasgos simpáticos que doran la píldora de sus taras...

Pues bien, cierto día, allá en Europa, un estudiante compatriota nuestro (aquí el doctor pronunció un nombre que debemos omitir), a punto ya de obtener sus diplomas y volverse a su lejana Provincia, me preguntó si había leído la novela en cuestión, y como yo le dijera que

sí, exclamó con evidente interés:

-Dígame la verdad, doctor, ¿es de creer todo lo que dice ese libro?

-No se trata de una historia, ni de una biografía - expliqué, - pero en él hay mucho, muchísimo de verdad...

-¿Por ejemplo, que se puede medrar, valiéndose de los medios

que utilizaba Gómez Herrera?

-U otros análogos, sí.

-¡Ah! ¡Entonces!... -¿Entonces, qué? ¿Piensa usted reprobarlos como vergonzosos? - Reprobarlos, si a usted le parece... Pero, doctor, ¡si son tan eficaces...! ¿Qué quiere?... "Homo sum", como dijo el otro.

No sé si se valió de esos u otros medios -terminó el doctor, - el hecho es que dos años más tarde el joven ex estudiante era diputado nacional por su Provincia... No obstante, sigamos predicando...

EL ESCANDALO

En la biblioteca de Albornoz se hablaba aquella noche, como de un síntoma grave, del aumento de la criminalidad de estos últimos años, atribuyéndolo especialmente a la falta de represión eficaz.

-La indiscreta estadística - dijo el doctor, encendiendo un cigarro y arrellenándose en un sillón -nos revela, efectivamente, que en nuestro país, como en otros muchos - algunos dicen que como resabio de la guerra - la criminalidad aumenta y la mayoría de los delincuentes y criminales logra eludir la acción policial, y escapa al condigno castigo, como suele decirse. No hablemos de los contraventores que siempre caen en la red - sobre todo cuando no son tales contraventores -, mejorando la susodicha estadística. Pero esa impunidad de criminales y delincuentes, en cierto modo forzosa, no es ni con mucho, tan alarmante como la que suele consentirles y aun procurarles la autoridad misma, fundada en raciocinios especiosos...

Mordió el cigarro que no tiraba bien y continuó:

-Se refirieron ustedes al asalto al Banco de San Martín, a la estación del tranvía del Caballito, y a otros hechos más o menos análogos que, a la verdad, no dejan de tener importancia; pero deben considerar que esos hechos sólo quedan material y quizá momentáneamente impunes puesto que la Policía -representante de la sociedad - continúa persiguiendo con poca o mucha destreza y fortuna a sus autores. Como ya, salvo algún retardado, nadie habla en sentido directo de castigos y de venganza, y como la tradicional vindicta pública ha variado de significación y hoy se traduce únicamente por defensa social, esos criminales, impunes en apariencia, sufren virtualmente la preventiva e higiénica segregación de la sociedad, puesto que han de ocultarse, callar, disimular, encarcelar su yo, si no quieren que la segregación espiritual se convierta en material, y la cárcel imaginaria resulte de cal y canto. Lo peor es que, dada la ética de la mayoría en nuestro conglomerado social, los castigos y las reprobaciones morales no son vallas lo bastante poderosas para impedir la contravención, simple pecado venial, el delito, ni aún el crimen... Y en cada uno de nosotros hay por desgracia, un criminal que duerme...

-¡Cómo! ¡Cómo!

-¡Pero, doctor! ...

-¡Estamos de broma, eh! - exclamamos en síntesis, adoptando la fórmula que a cada cual dictaba su temperamento.

-No hay que alterarse - repuso Albornoz con la mayor pachorra. El gran Juan Jacobo vistió con la toga filosófica, o paradójica si se prefiere, el antiquísimo refrán - vulgo "sabiduría de las Naciones" que dice lisa y llanamente la ocasión hace al ladrón, y que encontramos en todas las lenguas.

(Tomó un volúmen de las Obras completas de Rousseau, buscó un momento, y luego tradujo, aperto libro):

-"Si para heredar a un hombre muy rico a quien nunca se ha vis-to, de quien nunca se ha oído hablar y que vive en el más recóndito lugar de la China, bastara matarlo oprimiendo sencillamente un botón. ¿quién de nosotros no lo oprimiría?"... Eça de Queiróz partió de esta paradoja genial para escribir su delicioso Mandarín que ustedes habrán leído sin duda con tanto placer como yo. Pero esto es, también, impunidad o falta o ineficacia de los

medios de acción de la justicia, y no otra cosa. Lo grave es que la justicia misma - o los que convencionalmente la personifican - suele conceder a sabiendas esa impunidad.

-¡Qué herejía! - exclamamos.

-¡Prueba al canto! - dijo el doctor.

Y nos contó lo siguiente:

-Hace alrededor de veinte años se descubrió por casualidad - por la coincidencia de que se encontraran juntas y llamaran la atención de un cajero, dos numeraciones repetidas en cifra y serie - la más perfecta de las falsificaciones de billetes de Banco. A no tratarse de simple papel moneda, hasta se hubiese podido decir que eran mejores que los legítimos, como allá en España, por la misma época, los celebérrimos duros sevillanos, falsos, es verdad, pero de ley más alta que los acuñados en la Real Casa de Moneda.

Ahorrando detalles comunes a todos los descubrimientos de falsificaciones y persecución de los autores, éstos fueron habidos, como entonces se decía, y todo el material de prensas, planchas, tintas, pa-peles y demás, cayó en manos de la Policía y pasó a las del juez instructor. Sólo insistiré en que la falsificación era portentosa...

El magistrado a quien incumbía la instrucción, hombre probo, vasco de origen, bien quisto en sociedad - ocurría esto en La Plata, si mal no recuerdo - comenzó a estudiar las primeras diligencias, a dirigir las indagaciones complementarias, a interrogar a los detenidos, presuntos delincuentes y presuntos cómplices, a levantar, en fin, un sumario en toda regla, complicado pero no difícil, seguramente, porque los culpables estaban ya en la cárcel y el cuerpo del delito en su poder.

¿El cuerpo del delito? ¡Digamos el botón del mandarín, la ocasión del proverbio secular!...

Tan cierto es esto que, mientras agregaba fojas y más fojas al su-mario, con las declaraciones de los damnificados y los informes de los peritos, el juez se convencía hasta la evidencia, por una parte de que los billetes falsificados no podían distinguirse ni con lentes de los verdaderos, y por otra de que hasta un niño podría imprimirlos en las prensas secuestradas, teniendo las planchas, las tintas y el papel, secuestrados también...

Y el doctor Jiménez de Albornoz hizo una larga pausa...

-Hay que creer - continuó, después de haberse gozado de nuestra impaciencia - que el diablo mismo prolongó artificiosamente la instrucción para marear, tentar y corromper a aquel honrado hijo de vas-cos, hasta entonces tan digno de estimación. Sospecho que como el criollo, y con las mismas u otras palabras, el buen juez acabaría por decirse: "Gota más, gota menos, el gusto será más y el veneno es el mismo"... La falsificación estaba descubierta, los falsificadores presos, las máquinas y accesorios decomisados; pero seguían y seguirían circulando centenares de billetes falsos, sin que nadie lo pudiera impedir... ¿Cuántos serían? ¡Imposible saberlo, y quizá lo ignoraran hasta los mismos falsificadores! En cuanto a distinguirlos de los buenos, salvo por la numeración repetida... Ergo: tanto daba añadir unos cuantos centenares más... Al fin y al cabo no se perjudicaba a nadie, ni se agravaba la situación de los detenidos, ni el delito cambiaba de aspecto y de importancia... Unas vueltas a la prensa y...

Estoy seguro de que esto lo trabajó noche y día durante largas semanas antes de que pusiera los grabados en la prensa y diera la primera vuelta de tornillo... Y si lo hizo fue, sin duda, con un propósito puramente documentado, para las necesidades de la causa... Después querría ver, experimentalmente, si su ensayo reunía todas las condiciones de la

verdadera falsificación, e hizo circular el primer billete impreso por él... luego el segundo, enseguida algunos más; y como el apetito viene comiendo...

¡Pobre hombre! Aunque, por su experiencia de juez, debiera saber de memoria que los descuidos de los delincuentes, más que la sagacidad de la Policía, hacen descubrir los delitos, gastó, despilfarró, jugó, llamó la atención, se hizo sospechoso, fue descubierto, acusado ante el jurado, suspendido, detenido, enjuiciado...

Como el silencio de Albornoz se prolongara en demasía, le exigimos que acabara de una vez.

-Es que el cuento acaba ahí - repuso socarronamente -. Deben ustedes pensar en lo estruendoso del escándalo, en el casi inevitable desprestigio de la Magistratura, que ha de ser como la mujer de César...

-Pero...

-En fin. Ya que me exigen un desenlace les diré que, hallándome un día de 1909, en Barcelona, con el cónsul argentino, viejo amigo mío, éste me hizo saber, confidencialmente, que en cierta aldea de la Provincia acababa de morir un compatriota, quien, por las señas, debía ser el juez de los billetes falsos, que de tiempo atrás vivía en ella con nombre supuesto, muy modesta, pero muy tranquilamente... de lo ahorrado.

Se había puesto sordina al escándalo, pero, como ustedes ven, la luz quedó bajo la artesa...

EL HOMBRE DE LA ESCOPETA

E1 doctor había despertado nuestra curiosidad con frecuentes alusiones a un hombre de la escopeta cuya historia no conocíamos. En la conversación familiar los temas se enzarzan como las guindas al sacarlas del cesto, y muchas veces no hay manera de volver a separar uno de ello, apenas entrevisto, aunque, reclame desarrollo. Al doctor Albornoz, por otra parte, como a todos los grandes conversadores, no le agradaban los paréntesis... abiertos por los demás. Pero ayer, por fin, nos contó quién era, o más bien, qué hizo el sujeto de la escopeta.

-Las pestes, las hambres, los terremotos y demás plagas y calamidades se consideraron antiguamente castigos de Dios. Los hombres hemos seguido y seguimos pecando, igual o más que antes, pero en el tiempo en que ocurrió mi historia - que es apenas un hecho aislado y en apariencia sin gran significación -ni había guerras, ni pestes, ni hambres, salvo en países remotos que no tenían por qué interesarnos. ¿Quién se preocupa de negros, de amarillos, de indios o de boers? El hecho es que podría creerse a Dios indiferente ante el pecado y renunciante al castigo, con palo o sin palo, con piedra o sin piedra.

Esta inmunidad, fomentadora de la corrupción, no podía satisfacer a ciertas conciencias celosas de la virtud, ni dejar de engendrar en algunos, o en muchos cerebros utópicos, la idea y la decisión de hacer justicia por su propia mano - es decir, por la mano que obedece al cerebro. Entre ellos debía de hallarse mi héroe, y como era su intención indudablemente pura y ejemplar, suelo decir que imitaría con ganas al hombre de la escopeta, en cuanto me detengo a considerar los andurriales en que hoy se empantana la humanidad.

¡Perdón! No quiero decir con esto que nuestros semejantes coetáneos sean mejores ni peores que los de pasados evos. ¿Cómo decirlo si la historia me cuenta que siempre han sido iguales, como también que siempre se ha declamado con voz airada y elocuente contra la corrupción de las costumbres? ...

Pero vamos al hecho.

Hará poco más de veinte años, al caer de una tarde ardiente de febrero - soplaba el viento Norte,- un hombre bien vestido entró en una reputada armería de la calle de Cuyo (aún se llamaba de Cuyo la que hoy lleva el nombre del gran cuyano).

El maestro armero, que estaba sólo en ese instante, atendió en persona al tardío parroquiano, quien le pidió una escopeta de dos cañones, sin gatillos, preferentemente de la fábrica Nacional belga de Lieja. Examinó nuestro hombre los modelos que el dueño, le presentaba. No parecieron satisfacerle: la maniobra de abrir y cerrar el cerrojo se le antojaba lenta, engorrosa. Era visiblemente un conocedor que deseaba un arma perfecta. Otras escopetas, francesas y alemanas, no lo contentaron tampoco.

-Tendré que optar por el winchester - murmuró.

-Tenemos, también, magníficas escopetas de repetición - dijo el armero, insinuante.

-¡No! ¡No! Los cartuchos se atascan de repente en el almacén, no hay Cristo que los mueva, y la escopeta resulta más inservible que una vulgar Lefaucheux o un antediluviano fusil de chispa... ¡No! ¡No! Muéstreme los winchester de precisión; aunque sólo se pueda tirar a bala...

Una de estas armas, ligera y bien equilibrada, admirable para aquella época, pareció satisfacerle.

-¿Cuánto?

El armero indicó el precio, que, muy crecido, no inmutó sin embargo al comprador.

-Está bien -dijo-. Deme, además, cien cartuchos y un cinturón cartuchera.

Una vez servido desempaquetó tranquilamente los proyectiles, los fue colocando uno a uno en el cinturón y cuando estuvo lleno se lo ciñó y tendió al armero el fusil que había mantenido en su lugar descansen:

-Hágame el favor de llenar el almacén -pidióle cortésmente.

-Quiero estar seguro del funcionamiento...

El maestro hizo en un credo lo que se le pedía, y explicó sonriente:

-Nueve... Aún queda lugar para uno en el disparador.

-Póngalo.

Lo puso, devolvió el arma al cliente, que la examinó, echó la cu-lata al hombro, como para ensayar su equilibrio, apuntó a un rincón, luego a otro, después al vendedor, e hizo fuego... Con toda calma -el armero había recibido un balazo en plena frente y rodado bajo el mostrador -salió a la puerta de calle, se detuvo en el umbral y siguió el fogueo dando caza a los transeúntes, sin reparar ni en pelo ni en marca, en sexos ni en edades.

No sin sacrificio la Policía logró, por fin, apoderarse de aquel verdadero azote de Dios...

-Dicen que era un loco - terminó el doctor.- Puede ser muy bien... es lo más probable... ¡Sin embargo! ...

TRECE

-A propósito de supersticiones - dijo Albornoz, - ustedes han de haber conocido (o por lo menos oído hablar de él) a mi viejo amigo Amadeo Talamón.

Pues han de saber que, a pesar de su piadoso nombre de pila, Amadeo pretendía ser más escéptico que Pirrón sino más ateo que Spinoza, ajeno, por lo tanto, a toda clase de preocupaciones religiosas

o de cualquier otro género. "Sé demasiado para ser espiritualista, de-cía, y no lo bastante para ser materialista, así es que me abstengo". Quizá se hiciera ilusiones en cuanto a su deber pero estaba realmente convencido de no prestar fe sino a lo que alcanza la razón y demuestra la ciencia o la experiencia. Más de una vez -y voy al cuento - le oí hablar con lástima y sarcasmo de los supersticiosos que consideran fatídico y maléfico al inofensivo número trece. Imitando a Grimod de la Reyniére, decía que sentarse trece a la mesa era, efectivamente, muy malo... cuando sólo había de comer para doce. "Lo único que hay de verdad en tan necia superstición -agregaba- es que forzosamente uno de los trece comensales ha de morir antes que los otros doce, si no cuadra la poca probable casualidad de que varios o todos mueran al mismo tiempo. Pero cuando, sin mayor malicia, uno de ellos no puede esperar y muera antes del año, todo el mundo considera suficientemente comprobada la verdad de la superstición, olvidándose de los mil y un casos que la desmienten... " Y se reía de los crédulos y, a la vez de su propia chuscada.

Pues, hete aquí, que cierta noche Amadeo Talamón cenaba conmigo y con otras personas de nuestra íntima amistad, en un saloncito del viejo Café de París, cuando, casi a los postres, uno de los presentes se incorporó de su asiento, exclamando con voz insegura:

-¡Caramba! ¡Somos trece!...

A varios sorprendí en actitud de levantarse y escapar, pero aquello que los sacerdotes llamaban el “respeto humano" les detuvo y to-dos, entre burlas y veras, comentamos el hecho.

-¡Vaya! ¡vaya! - recuerdo que dijo espiritualmente Talamón. -Si eso era lo que nos había de matar, ya no hay remedio posible. Resignémonos y... acabemos de cenar alegremente.

Pero no conseguimos que renaciera la animación. Un soplo hela-do acababa de pasar como una corriente eléctrica. Hasta para los más escépticos se había evocado la muerte en pleno regocijo...

Amadeo Talamón mantuvo, sin embargo, su bandera, encogiéndose despreciativamente de hombros, riendo, burlándose de los que podían admitir "ni por un momento" semejante dislate, de su credulidad de niños, o de hombres primitivos". Estaba espléndido, de buen humor, pero no duró mucho la sobremesa y la reunión se disolvió más temprano que de costumbre...

Pasaron varios días sin que volviera a ver a Talamón, contra lo habitual, pero al fin le encontré y, conversando de bueyes perdidos, aludió a nuestra cena del Café de París y a los recelos ridículos de los que temían al trece fatal. No paré entonces mientes en ello, ni había por qué; pero una semana más tarde me habló otra vez de la "paparrucha del trece" y de la debilidad mental de los supersticiosos.

-Pero, con todo - le dije sonriendo y mirándolo bien de frente, - el caso es que tú sigues pensando en ello.

Se ruborizó, hizo un vago ademán y después, como quitando toda importancia al asunto:

-Te confesaré - me dijo - que la actitud de nuestros amigos al contarse aterrados me hizo tanta gracia que no me puedo olvidar... Y la persistencia de ese recuerdo acaba poniéndome de mal humor, porque no es razonable... porque se parece a la obsesión de ciertas musiquillas que suelen sonarle a uno días enteros en los oídos! ¡Y hay tantas otras cosas más serias o más gratas en qué pensar! ...

Otra tarde, en el Club del Progreso, sin que viniera a cuento para nada, me preguntó:

-¿Recuerdas exactamente quiénes estábamos en el Café de París aquella famosa noche de los trece? ...

-No es difícil...

-Vamos a ver si coincidimos; tú y yo, dos; Serantes, tres; Jiménez, cuatro. . . - y continuó la enumeración.

-Olvidas a Rodas -agregué-.

-Eso es, Rodas, tienes razón: era el que me faltaba.-Pero, ¿qué interés tienes en recordar ese detalle? ¿Piensas reiterar el convite?

-No, no... Por saber, nada más... ¡Tonterías!...

Me pareció evidente que se acentuaba su preocupación y desde ese día lo observé más atentamente.

Era el mismo de siempre jovial, conversador, chusco a veces. Sus maneras seguían tan desembarazadas y su voz de timbre tan regocijado como de costumbre. Ya no volvía a hablarme de la cena, ni de los trece, ni de nada que de cerca o de lejos tuviera relación con ello. Sin embargo -quizá porque mi ánimo prevenido me incitaba a la sospecha, - de vez en cuando me parecía que una nube desagradable turbaba fugazmente su placidez. Para salir de dudas, cierto día - éramos lo bastante amigos para permitirnos éstas y aún más graves indiscreciones - me resolví a preguntarle:

-¿Tienes algún disgusto, algo que ande mal, que te preocupe?...

-¡Qué ocurrencia! ¿Por qué?...

-Nada, nada... Suponía... me había parecido...

-¡Vaya una idea!

Pero esta vez sí que lo noté perplejo, con algo extraño, - como sofocado - en la voz, y un gesto de disciplencia que jamás había tenido para mí...

Olvidado ya, en el curso normal de quehaceres y distracciones, de esta observación y de los hechos que la provocaron, una tarde, en el mismo club, Amadeo, que acababa de tomar "El Diario", lanzó una ruidosa exclamación:

-¡Rodas ha muerto!

Pero, ¡qué acento el suyo! ¡No era de dolor, ni de pena, ni aún de esa lástima fugaz que provoca la muerte de un hombre todavía joven, aunque sea desconocido... ¡Era de alegría! Como ustedes lo oyen. i Era de alegría, y Talamón estaba ligado a Rodas, si no por estrecha amistad, por una relación tan antigua como frecuente! ¡Rodas había muerto! Es decir: el número fatídico, demostrando su virtud, acababa por eso mismo de perderla, y ya no había nada que temer...

-¿Te preocupaba? - le pregunté en tono de, confidencia, acercándome y poniéndole la mano sobre el hombre.

-Te preocupaba el trece, ¿no es verdad?

Enrojeció, vaciló; por fin, haciendo un gran esfuerzo:

-Contra toda razón, rechazando hasta con rabia ese disparate, lo cierto es que iba convirtiéndose en idea fija, en torturadora obsesión... ¡Nunca he creído, todavía, no creo, nunca creeré en la influencia del trece! ¡Eso jamás!

Y después de una pausa, sonriente, burlándose de su flaqueza y de la del género humano:

-Pero ahora estoy más tranquilo... ¡Pobre Rodas!...

5.632

Lo más curioso - comenzó diciendo el doctor Jiménez Albornoz es que oí esta historia de labios del mismo protagonista, y que me atrevo a afirmar categóricamente su autenticidad. Ustedes podrán ponerla en duda, y pensar que invento los hechos y el cínico personaje. Pero no hay tal, palabra de honor. Les diré, eso sí, que se trata de uno de los aventureros acudidos de lejanos países, y para quienes no hay tarea vergonzosa ni escrúpulo eficaz cuando el dinero entra en acción.

El que les presento, y llamaré Hendrick para mayor claridad, había nacido en una de esas tierras del Norte de Europa que suelen enviarnos la mejor de las inmigraciones, pero que no carecen, naturalmente, de pícaros, especie que prospera desde los Polos hasta el Ecuador. Hacía gala de noble abolengo intelectual, era hombre bastante "leído y escribido", hablaba correctamente varias lenguas germanas y latinas, chapurraba algunos dialectos e idiomas exóticos, pues habían andado por todo el intuido sin fijarse en ninguna parte, y conocía teórica y prácticamente la vida más o menos airada de las colonias europeas del Asia y el Africa, que eran como otra Arcadía para él, por la libertad extraordinaria, la falta de sanción moral y material y el predominio absoluto de que los blancos gozan en ellas.

Era un pícaro simpático y que inspiraba confianza a primera vista. Su cara redonda, rojiza y algo abotagada, respiraba la bonhomia de los grandes comilones y bebedores, y sus ojillos vivaces, semiperdidos entre la adiposidad de los párpados, eran risueños y parecían brillar de afectuosa franqueza. Dicho queda que era gordo, muy gordo, pero se movía con soltura, si no con agilidad. Como a buen aventurero correntón le gustaban las mujeres, el juego y el vino... mejor dicho la cerveza, pero a todo prefería los placeres gastronómicos.

Llegó probablemente a la Argentina provisto de muy eficaces recomendaciones, o bien hizo prodigios para introducirse y ganar voluntades, el hecho es que, en poco tiempo, Hendrick consiguió el no muy rentado pero sí muy cómodo puesto de Inspector de la Lotería en una provincia de cuyo nombre no quiero acordarme.

Dicho esto voy a repetir, con la precisión de un acta bien hecha, lo que me contó de sus aventuras - o de su principal aventura - en aquella curiosa etapa de su vida. Salvo la manera de construir las frases y el acento peculiar del narrador, no quito ni agrego nada.

Yo me aburría muchísimo en los primeros tiempos - me contó Hendrick, - porque en el club y otros puntos de reunión de la ciudad no se hablaba sino de política, y a mí no me gusta ni me conviene la política; sólo la hago cuando hay que defender el puchero... y lo demás; pero aún en ese caso trato de hacerla por cuenta ajena.

Andaba, naturalmente, muy pobre, y ni siquiera me atrevía a jugar un rato en el club, de miedo a perder los centavos necesarios para alcanzar el fin de mes, porque soy más cauto de lo que parece, y no quería dar que hablar demasiado pronto.

Paraba en un mal llamado hotel - el Hotel de las Naciones, - miserable fonda colonial, en cuya mesa no aparecía jamás un plato apetitoso, ni siquiera medianamente comestible. Y nunca pescado. Como buen hombre del norte, como buen ribereño, adoro el pescado, los crustáceos, los mariscos. Nada vale lo que una raya a la molinera, si no es una fuente de ostras frescas, un buen cangrejo bien picante, a la americana, o una langosta con mayonesa... No hablemos de camarones y langostines, golosinas para abrir el apetito... Nada de esto, ni con mucho, me presentaban en el famoso Hotel de las Naciones - en honor de la verdad sea dicho que no lo tenían tampoco, las mejores mesas familiares de la ciudad, -y me costó Dios y ayuda que, muy de vez en cuando y como plato luculiano, me prepararan un poquito de bacalao cocido o un mal guisado y peor oliente "stock fish", o pejepalo.

Ya ve usted si me aburriría, y me hubiese muerto de tedio a no mediar ciertas fugaces conquistas arrabaleras que no tengo para qué contar y que, afortunadamente, no dejaron rastro.

En cuanto a mis ocupaciones ni eran muchas ni me ayudaban a matar el tiempo: dos o tres horas pasadas en la Administración de la Lotería, una vez por semana y pare usted de contar.

No era para desarticularse los meninges, como suelen decir los franceses.

El jueves después de mí feliz arribo a la provincia - continuó Hendrick -tuve el honor de presenciar el primer sorteo de la lotería, practicado en presencia de un público escaso y poco entusiasta, según me pareció.

Más tarde supe que los billetes eran artículo de exportación y no de consumo local.

El sorteo, ante escribano público, empezó dando las doce en el reloj de la Catedral, y se hizo con toda honradez. Por la mañana, en efecto, yo había practicado minuciosamente el recuento y examen de las bolillas una por una, había inspeccionado los bombos con la mayor prolijidad y me había asegurado de que ni los números salidos ni sus respectivos premios pudieran ser cambiados en los tableros, puestos bien a la vista del público y los fiscales. Nada más limpio ni más legal.

Lo mismo, exactamente, ocurrió los jueves sucesivos. Yo cumplía con todo celo mis obligaciones, sin que nadie me observara nada. Por el contrario, los de la administración de la lotería se mostraban contentísimos y comenzaban a tratarme como a un amigo viejo, obsequiándome de lo mejor cuando venía el caso. Y el administrador llevó sus atenciones al extremo de averiguar mis gustos, no por simple curiosidad, sino para tratar de satisfacerlos, según vi después.

Como soy inclinado a tentar fortuna, pasados los primeros apuros y cobrado el primer sueldo -que no era, por cierto, el de un Ministro de la Nación,- comencé a jugar prudentemente en el club, y a comprar uno que otro entero de mi lotería. En el club no me iba mal, porque conozco el naipe y tengo mucha conducta; pero mis números - o, mejor dicho, mí número, porque nunca compré sino el 5.632 no puedo olvidarlo - se quedaba siempre en el bombo: las probabilidades del jugador de lotería no son muchas.

En esto, un miércoles por la noche, y en el habitual corrillo del club, el administrador me dijo de repente:

-¿Sabe, Hendrick, que mañana tenemos pescado fresco de Buenos Aires? Naturalmente, el primer invitado es usted. Lo comeremos aquí, en el club, a las doce en punto, porque con estos calores no puede conservarse más.

-Pero mañana es día de sorteo - exclamé.

Librodot

-Tiene razón - dijo el otro, fastidiado por el contratiempo. -Pero no hay remedio, porque el gran expreso no pasa sino el jueves...

-Eh, por una vez - repliqué, allanándolo todo con tal de satisfacer mi gula, harto reprimida hasta entonces. - Comeremos el pescado. El escribano basta y sobra para fiscalizar el sorteo. Yo firmaré después.

Me regalé a mis anchas. Había unos pejerreyes de Mar del Plata, dignos de Apicio... y de mí. ¡Qué pescado, por Wothan...! Y unos langostinos... más gordos que mí índice, lo que no es poco decir... Y aquello comenzó con una bullabesa preparada por las blancas - supongo - manos de la mujer del cantinero del club, hija de la Barceloneta... No le digo nada.

¡Lástima que el expreso no pasara sino los jueves!

Lástima, sí, pero no por los sorteos, que se fueran al diablo, sino porque el festín no podía celebrarse más que una vez por semana... Ya habrá supuesto usted, en efecto, que nuestro Vatel hembra, más feliz que el otro, recibía puntualísimamente la "maree" enviada de la capital, vivita y coleando o poco menos, todos los jueves por la mañana... y que todos los jueves a medio día era infaltable en la mesa del club, rodeada de alegres y apetentes comensales.

Cuadró la casualidad de que uno de estos últimos los únicos que, en la provincia, compraban lotería... de la provincia - se sacara íntegra la grande de diez mil. Festejó el fausto acontecimiento reuniéndonos a todos, más o menos vinculados a la lotería, con un almuerzo extraordinario, pero no ictíofágico, por lo del tren expreso. Pero el jueves tuvimos la francachela acostumbrada.

Y desde entonces empecé a andar de fiesta en fiesta, pues muchas veces eran dos por semana, porque la suerte comenzó a soplar, invariable como los vientos elíseos, hacia el lado de nuestros administradores y sus amigos: casi no había sorteo en que no les cayera el premio gordo o alguno de los mayores. Yo, inocente, seguía asistiendo muy satisfecho a las comidas, como si hubiese olvidado por completo mis deberes.

Pero no los había olvidado, no, señor.

Un jueves del mes de mayo, lo recuerdo como si fuese ayer, cuando el administrador fue en mi busca para llevarme al club, me negué cortésmente a acompañarlo, agradeciéndole la amabilidad, y le dije:

-No, mi querido amigo, no. Demasiado me he divertido; ahora es necesario volver a la seriedad y atender a mis obligaciones.

-¿Cómo? ¿No viene?

-Ya hace meses que no asisto a un sorteo, y eso no está bien. Voy a reanudar mis trabajos de inspector...

Se quedó mirándome de hito en hito.

-¡Pero, hombre! - exclamó.

No sé qué leería en mis ojos; el hecho es que, muy cordialmente, me tomó del brazo y me hizo dulce violencia para llevarme al club.

-No sea desconfiado - me dijo. - "Todo se andará si el palito no se quiebra".

Me dejé llevar, pasivo y satisfecho al propio tiempo. Y comimos como reyes, y bebimos como gañanes.

A la semana siguiente quiso mi fortuna que la grande de diez mil cayera en el 5632...

Y en el primer vapor salí para Europa, cansado de fiscalizar lotería. ¡Lo que gocé!...

Volví hace dos años sin un peso. Y de vez en cuando pienso en buscar el 5632... pero ya no tengo tantas probabilidades de que salga...